

Gran artista.
 Con los místicos, creyente. Buen cristiano.
 Mal católico apostólico romano.
 Y en el fondo, senequista.
 Con el Cristo de Velázquez mano a mano,
 dialogó cumplidamente,
 fervoroso.
 Y a los ojos de la gente,
 sabio, sí, pero orgulloso
 y demente.

Para no estar inactivo, el Don Miguel
 que era escándalo y orgullo de Castilla,
 hacía pajaritas de papel
 o modelaba esferas de masilla.
 Y sus dedos inquietos, de patán,
 hundiéndose en el fondo del bolsillo,
 se movían febriles, con afán
 de abejas bullidoras.

Cazurro, sentencioso,
 con su filosofía
 de arriero castellano,
 dicen que malicioso y envidioso.
 ¿De qué? ¿Qué envidiaría?
 No el ruido mundanal y cortesano.
 Por la ciudad sentía
 el áspero desprecio
 que Ovidio y que Fray Luis.
 Sordo al halago del aplauso necio,
 pero atento a las voces de París,
 avizorante, inquieto, buceando
 la tinta aún fresca en página impoluta,
 iba su plegadera cosechando
 de libros nuevos sazónada fruta.
 Fruta de poesía y de saber.